



ALFONSO REYES

(Breve ensayo)

S U V I D A

Su vida ha sido una prolongada pasión por el estudio; pasión que se hizo fecunda en una obra maestra porque el escritor armonizó su ideal con sus acciones. Acciones que son un éxito continuo por que llevan en sí mismas “la fuerza amorosa y el anhelo de creación en el bien”; concepto suyo.

Alfonso Reyes irradia luz que es la sangre de su alma. Ha creado belleza que cautiva y pensamiento que guía.

Reyes se ha aislado y se ha elevado para ver mejor el horizonte, pues dice: “Las lejanías nos curan de las cercanías”. Se ha recluso en su casa de cristal, su templo, donde oficia, ensimismado en la religión de la belleza. Desde ahí, de su eminente altura, ve lo que quiere y deja contemplar la clara antorcha de su luenga edad, siempre lozana. Porque Reyes es un escritor añoso, siempre rejuvenecido y alerta, listo para hablar por el espíritu y para el espíritu.

“Yo era hombre de libros —dice— hombre para estudio recogido para el retraimiento de las musas bibliotecarias”. En la forja de su propia escultura literaria se dio por completo —como Montaigne al cultivo de su soledad, al ocio con letras, a la busca del yo”.

Para Alfonso la vida óptima es la interior; la externa le es casi superflua. Casi, porque su luminaria intelectual es demasiado atractiva y solicitada al exterior; y a las veces tiene que sucumbir para dejar el calor hogareño y alumbrar afuera, personalmente.

O bien, como espejo de cortesía que es —su libro *Cortesía* “hace prueba plena aconsonantado con su eterna sonrisa afable— se exterioriza con sus breves mensajes en prosa y verso— destilados esenciales de cerebro y corazón que son de intimidad entrañable.

Pero él vive para adentro. ¿Solo? No. Con sus excelsos quereres, conyugal y filial: dones celestes que le otorgan la divina euforia que da cobijo y aliento a su inspiración.

* * *

EL H O M B R E

“El hombre más hombre —dice Shakespeare, es el que ama más”—. Alfonso Reyes ha amado siempre y ha amado mucho, primero al amor, gran creador; y, antaño y hogaño, a la belleza que es su diosa.

De esa diosa ha sido Reyes un sacerdote que cabe su veste griega ha ido por su mundo intelectual cantando sus armonías y sembrando conceptos en el extenso barbecho del mundo hispanoparlante; mundo que ha recogido, con encantamiento y provecho, sus ideas que tienen aromas de bondad y amor. Sobre todo amor, que es “la fuerza de las fuerzas”.

Reyes es un pensador militante, esclavo y a la vez emperador de la idea.

Dice Paul Valery: “il a des jours a ideés”. En Alfonso Reyes los días propicios a la idea se suceden como la aurora a la noche y la noche a la aurora.

Siendo como es un erudito que pasma y un prolífico pensador, se me figura un juglar de las ideas, que se divierte jugando con ellas, analizándolas; haciéndolas chocar unas con otras en esgrima fértil que en sus escarceos y choques producen flamantes luces en su inteligencia, para sentir al fin “la felicidad deliciosa de dejarse flotar en el lago de su propio pensamiento”. (Romain Rolland).

“El que persiste acaba siempre por tener razón”, dice Reyes. Y Alfonso Reyes persistiendo durante 50 años en su obra de pensador artista ha acabado por tener razón. Su razón está en el eloquente monumento de sus libros.

Alfonso Reyes no sería el gran señor que es en el mundo del arte; no sería en su México el Don Alfonso el Sabio de la belleza

escrita; si no tuviera autoridad, y él la tiene, suprema, como maestro, como esteta. La tiene por su vigorosa personalidad de poeta, crítico y ensayista; la tiene porque lleva en sí la virtud de crear; de soñar; la tiene porque todo él es respeto de sí mismo, que crea el respeto ajeno hacia su persona. Y luego, y siempre, la autoridad le viene a Alfonso de su gran dignidad; ese señorío natural del que sabe que sabe; esa distinción modesta de los seres superiores que parece que esconden sus méritos en sus gestos de hidalga compostura.

EL POETA

Alfonso Reyes lleva dentro de sí mismo, la belleza, porque es poeta. Y como poeta es todopoderoso dentro de su almarío. Por eso es feliz, pues él mismo se crea su mundo a su manera, un mundo en que nadie lo conturba ni le coarta su libertad.

El poeta es el hombre libre por antonomasia; va donde quiere y tiene lo que desea. Es un conquistador de estados de alma que lo hacen dichoso ya que él se los crea para su deleite. Y como tiene una veta inagotable, la imaginación, que es libérrima como el aire y superabundante en su fecundidad, vuela por doquiera y hace altos donde le place edificando el reino donde Reyes reina; el escenario de sus poemas y el carácter y matices de sus personajes. Sus versos, hijos mimados de su entraña cordial, son el reflejo de su inteligencia, que es un prodigio; son producto de quinta esencias; son sutiles y suaves como su alma; son trabajos delicados de orfebrería; son gotas de talento que su inspiración artística transformó en joyas iridiscentes.

Su obra lírica es elaborada hasta el extremo de la perfección formal. Su estro es caudal de fuego que no se desborda porque ahí están sus manos lapidarias para encauzar y hace cuajar la llama inspiradora en los moldes de la arquitectura del verso impecable. "Porque si es cierto —dice él mismo— que la poesía vive de embriaguez, también es verdad que se sustenta de geometría; un sueño con rienda, un dejarse ir sin dejarse ir".

Alfonso Reyes tiene un concepto elevado de la poesía y de la misión de los poetas sobre la tierra. La poesía, es en él elemento vital, como el aire, el sol y el agua; cree en ella, porque es vida que da vida, y además por sus buenas acciones. Por eso exclama

convencido: “Y es que no hay acción más cabal que la verdadera poesía. . . , hagamos entender a la gente lo que debe al poeta, hilandero de la tela del alma, sin cuyo oficio dulce y grave, sufrido y paciente, integrado de filosofía y religión a un tiempo, acaso errarían los hombres como greyes perdidas”. Si exagera Reyes, antes que él exageró Horacio al decir que “los poetas son los primeros maestros de los hombres”.

Es un poeta de alma florentísima que mana poesía escrita, hablada y pensada. Pensada porque cuando no la estructura en el papel o en la voz, la piensa, la rumia, la acaricia en su imaginación. Un poeta que ama todo ser y toda cosa porque en toda cosa y todo ser encuentra la belleza que le da su propio espíritu poético.

“Poeta nascitur non fit”. Ciertamente, pero el escritor-poeta tiene que hacerse a fuerza de vivir con intensidad, viajar para conocer las palpitaciones del mundo; leer con ahincado apego a los libros y escribir para gozar, creando todo para acercarse a la verdad, y la “verdad está en la vida —dice rotundamente Romain Rolland— no es en vuestra cabeza donde debéis buscarla. Es en el corazón de los demás. Uníos a ellos. Pensad todo lo que queráis, pero tomad cada día un baño de humanidad. Es preciso vivir la vida de los demás y amar su destino”.

Viajar es voltear a cada recodo del camino, una hoja nueva del libro plástico de la naturaleza, es gozar con hartura; porque es ver sin desperdicio y “el vivir mucho y leer mucho aviva los ingenios de los hombres”. (Cervantes).

Leer para aprender; leer a solas para escuchar “el canto divino del silencio” teniendo entre las manos al amigo libro; al amigo libro que nos trae la grata compañía de otras almas que viven como nosotros en pleno idilio con la vida. Porque los que escribimos nos enajenamos a esos nuestros hijos espirituales en todo nuestro ser.

“El hombre pone en sus libros —dice Reyes— lo mejor de sí mismo, lo que quiere presentar de sí mismo a la estimación y a la fama y perpetuar después en especie de posteridad”.

Alfonso Reyes es un gran mexicano de espíritu universal que escribe no sólo para su patria sino para el mundo; pues como dice Schiller: “sería pobre el ideal de escribir para una sola nación”. Y él tiene la capacidad humanística de extender su mensaje más allá de las lindes nacionales. Su ser es un venero de ideas aprove-

chables por los espíritus selectos de todas partes. De los selectos porque sus libros no son para las masas, no tienen por fin el entretenimiento pasajero sino la meditación apacible y el goce refinado. Con su pluma, exquisita, "Lenguas del alma", habla en tono coloquial, jamás con elocuencia sino con persuasión pausada. La elocuencia solivianta las emociones, fáciles al aplauso, pero turba el manso recogimiento apostólico del sembrador de ideas. La preocupación dominante en el autor de tantos y tan bellos libros dice Luis Garrido, ha sido la de incrementar la calidad espiritual de nuestras letras. La religiosidad inherente al mexicano, en Reyes se ha manifestado por ese impulso al elevar el tono literario de las formas perfectas y eternas, a mostrar con el ejemplo que no es posible ser un gran escritor sin una disciplina de cultura, ya que el genio sólo no basta para triunfar.

S U E S T I L O

Desde muy mozo, como dice de otro poeta, "una lumbre de finura estética, ardía ya dentro de sus ojos".

A los 21 años de su edad, por ser ya muy culto, loaba con delectación "el rumor inimitable y los vivos colores" del lenguaje de don Luis de Góngora, "patrimonio sólo de eruditos". Desde aquella época el hoy gran señor don Alfonso Reyes, entonces el benjamín del Ateneo, Alfonsito, nos hizo leer, gustar y releer "la realidad perdurable de Góngora; la elegancia, la pureza artística, el anhelo de aristocrática perfección..." características gongorinas que inspiran "el odio a los lugares comunes".

Desde aquellos días el ático mancebo de "conciencia artística, la más pura", elude el lugar común, y va afinando su estilo, puliéndolo, labrándolo más y más ceñido. Después sus fértiles años de España, ahincadas lecturas, trabajos históricos que le ofrecen pan y deleite; apego a los clásicos que lo tornan apologista documentado y certero del Siglo de Oro, le dan superación estilística. Y como todos poseemos, un oculto sentir de perfección... "según su propio parecer, va, hora tras hora, por los caminos del buen decir hasta llegar a ese su estilo próspero que lo distingue; suelto y ágil, de gran señoría por su castiza dicción; de elevado precio por su nutrido léxico, de gustoso sabor por su donaire, de útil lectura por sus apretadas doctrinas de muy densos pensamientos; de emoción

nantes finalidades porque cada palabra lleva su corazón, su colorido y su destino.

El estilo de Alfonso Reyes sorprende por sus hallazgos sucesivos; por la emoción trémula que en sus vocablos palpita; por la misión que realiza al mostrar, con orgullo de sabihondo, que el idioma español, desde que nuestro señor don Miguel de Cervantes Saavedra escribió su Quijote, es el más eurítmico, aristocrático y varonil de los idiomas.

Plaquette impresa en Atlacomulco, México 1957.